



# Civilización

Historia de un concepto

**JOSÉ EMILIO BURUCÚA**



SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

---

CIVILIZACIÓN

JOSÉ EMILIO BURUCÚA

# CIVILIZACIÓN

*Historia de un concepto*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2024

---

Burucúa, José Emilio

Civilización : historia de un concepto / José Emilio Burucúa. -  
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura  
Económica, 2024.

752 p. ; 14 × 21 cm. - (Historia)

ISBN 978-987-719-497-5

1. Historia. 2. Historia de la Cultura. 3. Antropología Cultural.  
I. Título.

CDD 306.01

---

### *Distribución mundial*

D.R. © 2024, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.  
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina  
fondo@fce.com.ar / [www.fce.com.ar](http://www.fce.com.ar)  
Comentarios y sugerencias: [editorial@fce.com.ar](mailto:editorial@fce.com.ar)

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Imagen de tapa: *Paisaje de invierno*, Kazimir Malévich, 1930

Armado de tapa: Juan Balaguer

Diagramación de interior: Silvana Ferraro

Corrección: Rosina Balboa y Ada Solari

Índice de nombres: Guadalupe Vetere

Edición al cuidado de Fabiana Blanco y Mariana Rey

ISBN 978-987-719-497-5

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier  
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada  
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,  
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

## ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i> .....	13
<i>A manera de prólogo para un lector del siglo XXI</i> .....	17
I. <i>La protohistoria del concepto.</i> <i>La Antigüedad clásica y el Medioevo europeo</i> .....	43
II. <i>Los siglos XVI y XVII</i> .....	51
III. <i>Los primeros diccionarios de lengua francesa</i> .....	57
IV. <i>La Ilustración francesa y la Encyclopédie</i> .....	61
V. <i>Apariciones y afirmación de la palabra</i> .....	71
VI. <i>Condorcet</i> .....	79
VII. <i>De Bonaparte a Guizot</i> .....	89
VIII. <i>Los siglos XVII y XVIII en Gran Bretaña</i> .....	97
IX. <i>El siglo XIX británico</i> .....	107
X. <i>Vieja palabra y nuevos significados en Italia, del Renacimiento al Risorgimento</i> .....	129
XI. <i>Civilización y cultura en la Alemania de la Ilustración</i> .....	141
XII. <i>El marxismo, de 1848 a la Primera Guerra Mundial</i> .....	149
XIII. <i>Jacob Burckhardt y Friedrich Nietzsche</i> .....	161
XIV. <i>El concepto en la España de los siglos XVIII y XIX</i> .....	167
XV. <i>Domingo F. Sarmiento y el problema de la civilización argentina</i> .....	183
XVI. <i>Barbarie del proceso civilizador en el caso argentino del siglo XIX</i> .....	203
XVII. <i>Nativos y esclavos en Estados Unidos</i> .....	211

XXVIII.	<i>Civilización, barbarie y genocidio en África bajo el colonialismo europeo. El Congo belga...</i>	227
XIX.	<i>La cuestión de la civilización en Rusia.</i>	
	<i>Miradas extranjeras .....</i>	245
XX.	<i>La cuestión de la civilización en Rusia.</i>	
	<i>Miradas rusas de Uvarov a Lenin .....</i>	263
XXI.	<i>Japón y la civilización europea .....</i>	301
XXII.	<i>Palabras y nociones chinas .....</i>	311
XXIII.	<i>Colonialismo y civilización en una India reinventada .....</i>	331
XXIV.	<i>Nociones árabes y debates con los europeos ...</i>	355
XXV.	<i>Las "barbaries" alemana y turca en la Primera Guerra Mundial .....</i>	375
XXVI.	<i>Respuestas de los intelectuales alemanes y austríacos tras la derrota de 1918 .....</i>	385
XXVII.	<i>Benedetto Croce contra el fascismo italiano y la manipulación de la civiltà .....</i>	429
XXVIII.	<i>La clasificación de las civilizaciones según Arnold Toynbee; sus críticos y continuadores .....</i>	449
XXIX.	<i>El materialismo cultural y humanista de Lewis Mumford .....</i>	467
XXX.	<i>Las ciencias humanas en Francia, de Durkheim a Lévi-Strauss .....</i>	477
XXXI.	<i>El impacto de la dictadura nazi y la Segunda Guerra Mundial .....</i>	489
XXXII.	<i>La crítica del concepto en América Latina .....</i>	541
XXXIII.	<i>La crítica del concepto en el marco de la descolonización de Asia y África .....</i>	563
XXXIV.	<i>El programa de Fernand Braudel y la distinción de Paul Ricœur .....</i>	575
XXXV.	<i>La teoría de Huntington y la instrumentación político-militar del concepto .....</i>	613
XXXVI.	<i>La civilización en la historia global .....</i>	621
XXXVII.	<i>Finale .....</i>	651

ÍNDICE

9

<i>A modo de epílogo</i> .....	655
<i>Breve apéndice iconográfico</i> .....	689
<i>Bibliografía</i> .....	695
<i>Índice de figuras</i> .....	737
<i>Índice de nombres</i> .....	739

Denominamos ahora *cosas* las que, como una vara, una piedra, una bestia y las demás por el estilo, no se emplean también para significar algo [...]. Existe otra clase de signos cuyo uso solamente se emplea para denotar alguna significación, como son las palabras. Nadie usa de las palabras si no es para significar algo con ellas. De aquí se comprende a qué llamo *signos*, es decir, a todo lo que se emplea para dar a conocer alguna cosa. Por lo tanto, todo signo es al mismo tiempo alguna cosa, pues lo que no es cosa alguna no es nada, pero no toda cosa es signo.

AGUSTÍN DE HIPONA, *La doctrina cristiana*, I, 2, 2 (cit. en Sánchez Rojas, 2011: 125 y 126).



## AGRADECIMIENTOS

TIENDEN A LO INCONTABLE las personas e instituciones que me auxiliaron para lograr la escritura de este libro, emprendido gracias al apoyo del Institut d'Etudes Avancées (IEA) de Nantes en 2018. El IEA de la bella ciudad bretona me acogió durante cuatro largas temporadas hasta el estallido de la pandemia en febrero y marzo de 2020. Mi agradecimiento profundo abarca desde las cuestiones académicas, el alojamiento y la posibilidad de compartir jornadas de trabajo e intercambio vívido con intelectuales de excepción, llegados de las cinco partes del mundo, hasta el amparo y la protección en los momentos iniciales de la propagación del COVID-19 y la ayuda en los trámites que me permitieron regresar a mi país en medio de las cuarentenas. Alain Supiot, Samuel Jubé, Françoise Rubellin y Pierre Musso me brindaron allí mismo amistad y socorro. Terminada la gran emergencia mundial, fueron las bibliotecas argentinas las que hicieron posible que realizara sin sobresaltos mi investigación: las pertenecientes a las Academias Nacionales de la Historia (ANH) y de Bellas Artes (ANBA), bajo la dirección de Mariana Lagar y de Emilce García Chabbert respectivamente, la de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, encabezada por su directora Patricia Sala y su jefe de patrimonio bibliográfico Jorge Suárez. Por otra parte, Mariana Castagnino, secretaria de Acción Cultural de la ANBA, consagró largo tiempo a brindarme el acceso a la consulta de los materiales documentales, artísticos y fotográficos que posee esa academia.

Muchos colegas de antaño y de hogaño (sobre todo quienes fueron mis alumnos y hoy son mis maestros) tuvie-

ron la paciencia de leer, comentar y corregir buena parte de los textos que componen el libro. En primer lugar, siempre está Nicolás Kwiatkowski, mi coautor de tantas empresas, quien ofició esta vez de gran proveedor de libros y artículos extranjeros, pues he aprovechado, tanto como él mismo, la estancia académica que desarrolla en Barcelona en estos tiempos. Me han iluminado con su saber histórico y con los préstamos de sus bibliotecas particulares Natalio Botana, Mario Caimi, Fernando Devoto, Claudio Ingerflom, Andrés Kozel. Sin la ayuda de Ana Hosne para lo referido a China; de Paula Hoyos Hattori en cuanto a lo que concierne a Japón; de Hamurabi Noufourri en todo lo que atañe al mundo árabe; del mismo Ingerflom y de Ezequiel Adamovsky para el análisis del caso ruso; del citado Fernando Devoto para la inclusión de la obra de Benedetto Croce en el decurso histórico del problema de la civilización; de María Andrea Nicoletti e Iván Ariel Fresia en lo relativo a la acción salesiana en el sur argentino, poco y nada hubiese podido yo escribir acerca de tales temas. Lo mismo me cabe decir en cuanto a los pasajes dedicados a María Zambrano, para los cuales Jesús Moreno Sanz puso su refinado saber a mi disposición. El argentino-oxoniense Daniel Waissbein leyó todo el manuscrito y corrigió las torpezas de mi lengua así como me indujo a hacer más clara y precisa mi escritura. Federico Lorenz también tuvo la misma paciencia de lector y corrector. Como de costumbre, el ejemplo y la inspiración de Roger Chartier, Carlo Ginzburg, Fernando Bouza, Hilda Sabato, Giancarlo Nonnoi, Sudhir Chandra y Teodoro Lecman me asistieron cada vez que flaqueó mi espíritu. A todos ellos, de principio a fin, se debe lo importante o rescatable de este libro.

La benevolencia de mis editores, Mariana Rey y Gastón Levin del Fondo de Cultura Económica, y de mi cultísima correctora editorial, la misma Mariana, ha sido la fuerza virtuosa que produjo cuanto puede haber de bello e interesante

en el volumen. Los derechos de las imágenes que acompañan el texto han sido generosamente cedidos por el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires, la Fundación Forner-Bigatti y el Centro de Estudios Legales y Sociales. María Rosa Castro y Andrés Duprat han sido personas fundamentales para llevar a puerto esos trámites, siempre intrincados.

La paciencia y el amor de Aurora, amiga constante e ineludible de mi corazón, me permitieron no naufragar física y anímicamente durante los más de cinco años que empleé en escribir. Sus llamados a la mesa, al esparcimiento frente al televisor y al descanso de las noches impidieron que me convirtiese en una suerte de Nosferatu. A Aurora dedico este trabajo, a ella y a nuestros hijos y nietos que son los brotes de su cuerpo y de su alma.

Buenos Aires, 12 de octubre de 2023

## A MANERA DE PRÓLOGO PARA UN LECTOR DEL SIGLO XXI

“¡QUIÉN HUBIERA la ventura y la destreza de Roberto Calasso una mañana de San Jerónimo!”, exclamaba un historiador de la Universidad de San Martín frente a sus alumnos, algo atónitos ante semejante deseo dicho en voz alta. Calasso acababa de morir unos días antes y el profesor lo recordaba, no solo por su erudición que hubiera sido casi una redundancia e inspiraba la referencia al santo autor de la Vulgata, sino por la fascinación siempre asociada con su estilo de mitógrafo de la Antigüedad o el mundo moderno. De obra en obra, de idea en idea, de personaje en personaje (reales o imaginarios), nuestro amigo recordaba la fluidez de sus relatos, la potencia del curso que arrastra y dota al lector tanto de una sensación de torbellino de paisajes, acontecimientos, emociones, cuanto de una felicidad insólita que recupera la serenidad al alcanzar la frase conclusiva de cada capítulo. Por ejemplo: “Después Zeus quiso terminar la partida. Quedarían la guerra y las novelas, el recuerdo de aquellos pocos años en los que había pasado todo lo que puede pasar solo que en un grado poco más resplandeciente que antes y después” (Calasso, 2020: 105).

El historiador de marras hubiera querido entonces que su propia narración se pareciese al flujo de un río como el Senegal, lento y sereno frente a los muelles de Podor, talante que el curso conserva en todo el país toucouleur y en el borde de las barrancas habitadas por las aldeas peuls, aguas abajo hasta Dagana, sitio de habla wolof que se extiende hacia el oeste y se ve coronado por la vegetación profusa del Richard Toll (*toll* significa “jardín” en wolof),

antes de dividirse en el delta de Djoudj, hábitat de decenas de especies de aves acuáticas, unos pelícanos gigantes de pico amarillo entre ellas. Las aguas se dispersan en piletas naturales, llamadas *bolongs*, de profundidades variables que han de ser sondeadas para determinar su navegabilidad. Ahí mismo el río modifica la orientación de su cauce principal pues se dirige con mayor fuerza rumbo al sur entre el continente y una franja de tierra paralela, la llamada “lengua de Berbería”, que se angosta hasta la boca de la desembocadura del gran Senegal en el océano Atlántico. Antes de terminar su recorrido, abraza majestuosamente la isla donde los franceses fundaron la ciudad de Saint-Louis en 1659.

El discurrir en ese espacio suavemente cálido y casi siempre luminoso ha sido también un viaje de la memoria y el tiempo. Pues Podor, para empezar, tuvo dos momentos de brillo. El primero, en el siglo xi, cuando fue capital del reino del Tekrour, convertido al islam en aquella misma época y tributario de los dos imperios sucesivos que dominaron el Sahel desde antes del año 900 hasta fines del siglo xv: el imperio primitivo de Ghana y el inmenso, poderosísimo y refinado Malí. El segundo momento de prosperidad de Podor correspondió al período colonial francés a partir de mediados del siglo xviii, cuando se convirtió en un nudo de las rutas comerciales de goma arábiga e, infaltables productos siempre combinados de la infamia, oro, marfil y esclavos, por lo menos hasta bien entrada la década de 1830, cuando la abolición de la esclavitud fue finalmente efectiva y la cantidad de elefantes en la región había llegado casi a la extinción debido a la cacería de paquidermos y a los cambios climáticos del Sahel. En Podor, se ha recogido la historia toucouleur del cazador Abou Touldé, joven matador de animales quien despobló la tierra de sus vecinos al punto de someterlos a un hambre generalizada por el hecho de no tener ya carne para comer. La joven Astou Diopi, de gran

belleza, sedujo al majestuoso Abou, se unió a él y logró liquidarle la jauría que lo acompañaba en sus expediciones de caza por cuanto le exigió, todos los días, comerse alguno de los perros que la formaban. Abou no pudo nunca más salir a matar animales salvajes. Astou llevó entonces al marido a visitar su aldea y presentarle a la familia; allí, Abou fue víctima de un hechizo que lo dejó ciego, pero recibió un gran puñado de granos con la promesa de que sanaría si los arrojaba en la tierra húmeda y esperaba, con paciencia, la germinación de las semillas. El cazador, doblegado, aguardó, recuperó la vista, cosechó, molió los granos y fabricó con ellos una pasta que alimentó, a él, a su mujer y a todo el pueblo, mejor y con menor trabajo que cualquier carne obtenida por la caza. La historia legendaria cuenta, de esta suerte, el tránsito de la sociedad chamánica y violenta de los cazadores, en la que los límites entre animales y humanos son borrosos, fácilmente transgredidos por la posibilidad de la transformación de los unos en los otros, hacia una sociedad plenamente humana y más pacífica de agricultores (Fongang-Kesteloot, 2006: 179-189). Hay un cuento serere, narrado y extendido a todo el país, en el que los horizontes del *Homo sapiens* y los animales se diferencian con claridad a partir de sus relaciones con el trauma y el dolor de la muerte. Sucedió que Dios quiso saber cuáles eran las actitudes de las distintas clases de su pueblo ante la posibilidad de una interrupción de la vida y la alternativa de una existencia de ultratumba. Dios mató a un buitre y asistió a la desesperación de sus compañeros de especie quienes lloraron y lloraron sin consuelo. Acabó luego el Creador con un ser humano y, si bien sus congéneres también cayeron al principio en la desesperación, luego se calmaron, uno de ellos rio y por fin todos los vivientes se pusieron a tocar el tambor, bailaron y se regocijaron. Dios concluyó que la humanidad podía tolerar la muerte y por ello determinó que ambas fueran compañeras, en tanto que los buitres no mue-

ren, solo cambian su plumaje. O eso creen. Lo cierto es que el relato podría interpretarse como que hombres y mujeres son las únicas criaturas que tienen conciencia de la propia muerte y, a pesar de ello, saben aferrarse a la vida y gozar de ella (Ndiaye y Faye, 2002).

En Dagana, territorio plenamente wolof, muelles y almacenes replican usos y formas de los de Podor, al mismo tiempo que se narran otras historias, como la de Pedazo-de-Tierra y Cuadrado-de-Manteca, esposas del Avispón. Pedazo-de-Tierra se ocupaba del fuego y la cocina, porque el calor no la afectaba, mientras que Cuadrado-de-Manteca iba a buscar agua al pozo, ya que el líquido frío no podía disolverla. Vivían en perfecta comunión pero, cierto día, se pelearon por un quitame allá esas pajas y decidieron ocuparse cada una de ambas tareas, la de la preparación de la comida y la de la búsqueda del agua. No habían transcurrido unas horas que Cuadrado-de-Manteca se había derretido por el calor del fuego y Pedazo-de-Tierra se había diluido a causa de su contacto con el agua del pozo. El Avispón quiso enterrar a sus esposas y, como consecuencia del esfuerzo, se quebró la cintura y también murió (Mbodj y Kesteloot, 2001). Moraleja: no solo no hay vencedores en la guerra, por más que parezca lo contrario, sino que toda contienda mata directa o indirectamente a los luchadores y a quienes están próximos. Resulta extraño, pero el mensaje de esta historia es muy semejante al del mayor poema épico de la tradición indostánica y de toda la historia humana, el *Mahabharata*. Atribuido al poeta Vyasa, escrito en sánscrito probablemente entre los siglos III antes y III después de la era común, aquel *épos* relata la guerra entre dos familias de primos, los Pándava y los Kaurava, por el reino de Hastinapura. Si bien los Pándava prevalecen tras una feroz matanza de los héroes de ambos lados en la batalla de Kurushetra a lo largo de dieciocho días, la maldición de Gandhari, madre de los Kaurava, desarticula el poder de sus primos, presuntamente

vencedores bajo el mando de Arjuna. Los Pándava sobrevivientes emigran a las alturas del Himalaya donde acceden, por fin, al mundo espiritual.

Nos referiremos pronto y largamente al *Mahabharata*, pero volvamos a las historias del Senegal. En el Jardín de Richard, a mitad de camino entre la costa izquierda del río y la Gran Mezquita de Thiabkh, se levanta un palacete algo abandonado, de dos plantas con dos arcadas de siete vanos superpuestas en la fachada y un reloj en un frontis semicircular al tope. Fue una residencia veraniega que Jean-François Roger, primer gobernador civil de la colonia del Senegal, se hizo construir por manías de grandeza entre 1822 y 1827. Con razón, se la llama todavía “La Folie du Baron Roger” (La locura del barón Roger), pues parece haber estado dedicada a la bella Yacine Yérim Diaw, mujer natural del país con la que Roger contrajo matrimonio. Pero lo cierto es que se buscó articular esa historia de amor y fascinación con un proyecto agrícola en el que confluyeron los deseos del barón de realizar una reforma agrícola en el sitio y las necesidades del rey local, el *brack* de Walo cuyos súbditos wolof se veían amenazados por las incursiones de los moros en busca de capturar pobladores y venderlos como esclavos en las ciudades arabizadas de la Mauritania. Roger mandó erigir un puesto de vigilancia en la parte más alta de su “Folie”, de modo que el programa agrario progresó y se creó la Sociedad Agrícola de Walo. Cuando el barón, algo enfermo, decidió regresar a Francia en 1826, crecían olivos, vides, plantas de algodón, cactus con cochinilla y moreras para alimentar gusanos de seda. Sin embargo, en 1854, al hacerse cargo del gobierno de la colonia el militar Louis Léon Faidherbe, el palacio de Roger fue entregado a la Iglesia católica, que instaló allí un convento de monjas. Inmediatamente después de la independencia, en 1960, “La Folie” se convirtió en escuela. En la actualidad, el edificio está abandonado.



Y por fin, las islas sobre las que se ha construido la colorida ciudad de Saint-Louis, cuyas historia y geografía encierran una riqueza difícil de relatar en esta instancia (se desequilibraría por completo el flujo de este texto a la Calasso). Pero el espíritu del mitógrafo que es nuestro modelo se ha de ver reforzado con la bella cita de un filósofo y escritor del lugar, Felwine Sarr, hombre joven, autor de unas sorprendentes *Méditations africaines*:

Un tiempo, una conjunción de situaciones, seres y cosas me devuelven a mí mismo. Terminados mis sueños de exilio monástico en busca de paz. Allí está, allí se me muestra la paz, desde ahora, en este rincón de tierra que enlazan dos brazos del río Senegal. Necesita, para aparecer, un cierto desembarazarme como proceso interior. Hay que hacer sitio, pues la señora paz no ama la confusión ni habita en los desvanes. El tempo de la isla Norte de Saint Louis enlentece mi apuro nacido de largos años de urgencias; alto de mis vagabundeos, lugar de mis peregrinaciones inmóviles, aquí vuelvo a aprender la lentitud. [...] Cornisa. Costa izquierda de la isla más allá del puente Faidherbe. Un dique prolonga el camino que bordea el río. Un barrio nuevo se edifica poco a poco. Las descargas están aún allí y contaminan los bordes del río. Al cabo del sendero caótico de laterita que evitan los taxis, se erige un gran edificio rojo ocre. [...] Me instalo sobre la terraza con un libro en mano, en medio de un decorado improbable. Frente a mí la majestad del río Senegal, a mi izquierda montículos de desperdicios sobre los que juegan unos niños. Las 16:15 en este rincón del mundo, un sol poderoso irradia un calor que las aguas debilitan. Khabane y Fakhane están en la pieza de al lado. Con cuidado, paciencia, exigencia y ardor, el maestro transmite al discípulo el secreto de los ejercicios que liberan los dedos y las notas que perforan las almas. Una melodía de Beethoven ora alegre (es el maestro quien toca) ora vacilante (es el alumno quien lo intenta) escapa de ese lugar sobre la

vía. Miro de reojo el montón de inmundicias que se yerguen a mi izquierda y me digo que, decididamente, de cualquier parte podemos elevarnos hacia el cielo (Sarr, 2012: 19, 24 y 25).<sup>1</sup>

¿Dónde pretendo llegar con semejante parrafada que inspiró la frase de un colega de la Universidad de San Martín? Convocado para escribir un libro acerca del concepto de civilización en el mundo globalizado de hoy, he querido asentar dos puntos de partida. El primero se refiere a una cuestión de estilo historiográfico. Busco dotar a mis argumentos y relatos del atractivo que alcanzó el modo de escribir historia cultural, propio de Roberto Calasso. Y ello se debe a que aspiro a imitar la antropología poética e inabarcable de ese escritor y editor de textos superiores, tomados de todas las civilizaciones de la Tierra, publicados por la casa Adelphi de Milán. El segundo principio establece un propósito que, aun cuando parece petulante y desmedido, también encierra un impulso admirativo hacia lo ajeno o extranjero. La incursión africana ha tenido el propósito de establecer, desde aquí y ahora, un hiato explícito entre el concepto de civilización, de indudable origen europeo e iluminista, y la voluntad de convertirlo, modificarlo, transformarlo en una noción capaz de abarcar o dar cuenta de las creaciones culturales de otros horizontes geográficos e históricos distintos del europeo, el sino-japonés, el tártaro-mongol, el indostánico, el arábigo-iraniano, el indo-malayo, el sudanés, el swahili, el bantú de selvas y sabanas meridionales de África, el andino, el amazónico, el mesoamericano, el norteamericano sioux-iroqués, el inuit, el australiano-polinesio. Esta

<sup>1</sup> Las traducciones de las citas tomadas de libros en otras lenguas me pertenecen. Las citas en ruso, chino y árabe fueron traducidas por colegas que hablan y escriben en esas lenguas. De más está decir que también recibí ayuda en las lenguas que conozco. Todos esos auxilios están indicados en notas al pie de la página. Las cursivas en las citas, en todos los casos, pertenecen a los originales.

clasificación no es arbitraria pero tampoco categorialmente homogénea pues, si bien parece guiarse a veces por un criterio lingüístico, también lo hace a partir de consideraciones relativas al clima o al paisaje determinante y determinado por los seres humanos que lo habitan en sentido amplio (dilatadas cuencas fluviales, altiplanos y montañas, llanuras inmensas, regiones heladas). Considérese más bien una clasificación fluida, que irá cobrando sentido y afinándose en el discurrir sobre casos específicos y ejemplos, hasta el punto de poder corregirse o modificarse radicalmente en el correr de las páginas. Parece mejor mantenerla de este modo, como *work in progress*, con fronteras porosas y pasibles de desaparición a medida que mostremos las que serían, a nuestro criterio, las notas esenciales de nuestro ente ideal, la civilización, como constructo de la ciencia histórica, de la sociología general y de la antropología, elemento iluminador de las grandes formas que componen las familias culturales de la humanidad pasada y actual. Adviértase, no obstante, que el desarrollo tecnológico, la etnicidad y la religión se han mantenido fuera de nuestros criterios taxonómicos ya que probablemente esos rasgos hayan sido elementos, explícitos u ocultos pero siempre muy poderosos, en el campo de significados de nuestra palabra durante su uso clásico de los siglos XIX y XX, cuando se entendía, abierta o tácitamente, que la cumbre y modelo de cualquier civilización era la europea. Los fenómenos catastróficos del colonialismo y del imperialismo, construidos por los europeos en su exclusivo beneficio, buscaron su legitimación en esa presunta y falaz superioridad de la civilización occidental y cristiana. Europa ha de ser, para nosotros, una región más en el mapa de las civilizaciones. Procuraré descartar cualquier noción de superioridad entre esas entidades clasificatorias de las obras humanas, materiales e inmateriales, a lo largo del tiempo y del espacio. Es probable que, en algunas ocasiones, reducidas al mínimo posible, no nos quede más

alternativa que reconocer algún grado de precedencia entre esfuerzos, de uno y otro horizonte, destinados a paliar el dolor humano y rendir justicia a los sufrientes. La igualdad de género alcanza sus máximos en las sociedades de la Polinesia, mientras que en las sociedades euroamericanas sigue siendo un *desideratum* o, de lo contrario, una caricatura exasperada de la igualdad. La gradación y proporcionalidad entre delitos y penas que estableció Cesare Beccaria en 1764 y adoptó finalmente el derecho penal de Occidente garantizan cotas de padecimientos físicos y espirituales, enmendables y mucho menores que la *sharia* o el derecho de los antiguos pueblos de los Andes. Aunque se nos cuecen las religiones, reconozcamos que la solidaridad entre los pueblos del desierto, inspirada por el islam durante las peregrinaciones a La Meca, suele ser superior, en cuanto a sus efectos corporales y psíquicos sobre las personas, que las caridades católica y protestante. Puntualizo esto ahora para aventar, no solo los deslizamientos hacia los aires o las prácticas de superioridad, sino la adhesión a un relativismo que, de tan ingenuo, resulta ser criminal. De todas maneras, el desarrollo de nuestros argumentos no consistirá en el relato analítico y comparativo de los horizontes civilizatorios, uno por uno, sino que exploraremos en ellos los ejemplos más claros de aquellas notas esenciales a las cuales nos referíamos como elementos definitorios de una categoría histórica, “civilización”, lo más general posible. Y tales notas serían, en primera instancia:

- 1) La curialización de los guerreros.
- 2) El cultivo de las flores y la creación de una gastronomía compleja y distintiva.
- 3) La existencia de una poesía lírica.
- 4) La práctica extendida de las traducciones.
- 5) La presencia de un sistema de administración de la misericordia.

El primer punto se apoya en el trabajo de un historiador, el alemán Norbert Elias y su libro *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, publicado en alemán en Basilea, en 1939, y en castellano en México, en 1987; el segundo y el tercer puntos, en un antropólogo, el inglés Jack Goody y su texto de análisis histórico comparativo *Rinascimenti. Uno o molti?* [Renacimiento. ¿Uno o muchos?] (Goody, 2010); el cuarto ítem, en el diálogo entre dos filósofos, el senegalés Souleymane Bachir Diagne con sus reflexiones sobre el acto de traducir y la realización de lo universal en *De langue à langue. L'hospitalité de la traduction* [De una lengua a otra. La hospitalidad de la traducción] (Diagne, 2022), y la helenista francesa Barbara Cassin, autora de un *Elogio de la traducción. Complicar el universal* (Cassin, 2016). Diagne nos aporta el punto de vista no occidental, Cassin, una perspectiva antinacionalista de la ontología y de la lingüística, que estaba ya muy presente en la obra monumental que ella dirigió, el *Vocabulaire européen des philosophies. Dictionnaire des Intraduisibles* [Vocabulario europeo de las filosofías. Diccionario de los Intraducibles] (Cassin, 2004). Por último, el quinto tema se basa en la vasta literatura existente acerca de la historia de los hospitales y de los vínculos entre médicos y enfermos, que sirve para describir y comparar experiencias de misericordia práctica a lo largo y a lo ancho del tiempo y del espacio, por ejemplo, los trabajos de los británicos Roy Porter y John R. Hinnells, de la historiadora chilena Ximena Illanes Z., de la psicóloga janguiana brasileña Liliana Liviano Wahba y del argentino-estadounidense Guenter Risse. Porter publicó *The Greatest Benefice of Mankind. A Medical History of Humanity from Antiquity to the Present* [El mayor beneficio para la humanidad. Una historia médica desde la Antigüedad hasta el presente] en 1999. También ese año, el mismo autor, junto a John Hinnells, realizó una inspirada compilación, *Religion, Health and Suffering* [Religión, salud

y sufrimiento], que abarca casi todos los sistemas médicos de la historia y de la Tierra (Hinnells-Porter, 1999). Más cerca en el tiempo, en 2019, Illanes Z. sacó a la luz *En manos de otros*, donde se ocupó del abandono de niños en la Barcelona de finales del siglo xv (Illanes Z., 2019). De 2021 es el libro escrito por Liviano Wahba, *Médico e paciente. É proibido amar*, una meditación lúcida y fundada en la experiencia alrededor de las relaciones entre médicos y enfermos (Liviano Wahba, 2021). Pero no hay duda de que 1999 fue un *annus mirabilis* en este tipo de estudios por cuanto Risse publicó entonces *Mending Bodies, Saving Souls. A History of Hospitals* [Reparando cuerpos, salvando almas. Una historia de los hospitales] en la Oxford University Press (Risse, 1999).

Para Elias, el punto de partida de una civilización es la conversión de los guerreros en cortesanos, capaces de dominar sus pasiones violentas e interiorizarlas en forma de autoacción, que hace posible la convivencia en la corte y la incorporación activa de las mujeres a sus actividades compartidas. Tales “curialización”, “domesticación” o “acortesnamiento” de los guerreros (Elias, 1993: 472-482), estudiados por Elias en el horizonte de las culturas europeas entre la Edad Media y el siglo xviii, son extrapolables a otras épocas y geografías. Dos historiadores actuales de la India me mostraron de qué manera este concepto rico y central puede ser aplicado a los hechos militares y a las transformaciones ocurridas en el subcontinente asiático desde la llegada del islam a la India hasta la conquista británica: Sudhir Chandra me lo enseñó en relación con los emperadores mogoles del siglo xvii y Radhika Singha respecto de las guerras coloniales de los siglos xix y xx. Creo haber tocado así un punto de partida para una ampliación temporo-espacial de la *Zähmung der Krieger*, concebida por Elias como signo poderoso y universal de la civilización. Pretendo hacer de la curialización un indicio de la presen-

cia de una sociedad vasta, compleja, dotada del *conatus* que le permite persistir en su ser, en una palabra, civilizada.

Para Goody, los rasgos definitorios de nuestra categoría son la alfabetización expansiva, el cultivo de las flores, la preparación cuidada de los alimentos y la creación de la poesía lírica. El uso del tiempo para la producción de lo superfluo (aunque este excedente vital termine revelándose como algo necesario) podría ser también una marca fundamental de la existencia de una civilización. Los trabajos del maliense Mamadou Diawara sobre los *griots* y los antecedentes de la música contemporánea en el Sahel, los de Ward Keeler acerca de la cocina, la floricultura y la danza en Birmania e Indonesia a partir del siglo XII, los de Annie Montaut en torno a la presencia de la tradición poética india en el teatro hindi de hoy, me han estimulado a buscar por todas partes, en el tiempo y en el espacio, las huellas de tal desarrollo de la cocina, los jardines y el lirismo poético que nos permitirán identificar las civilizaciones (aunque Goody agrega la “alfabetización expansiva” entre los elementos fundamentales de nuestra categoría, prefiero no seguirlo en este aspecto por dos razones: la alfabetización universal ha demostrado ser, en el mundo moderno, una necesidad imperiosa de la vida humana personal y colectiva, y aceptar ese factor como definitorio del concepto que busco me impediría incorporar a él la posibilidad de civilizaciones iletradas como las que existieron en los Andes entre los siglos VIII y XV de la era común. Por supuesto que, en el presente, ya no parece concebible ninguna civilización sin el dominio de la lectoescritura comprensiva por parte de la mayoría o la totalidad de los habitantes que ella abraza). Insisto, en esta dimensión, solo cuando aparece de modo contundente lo superfluo, despunta y se expande la civilización, vislumbramos el reino de la libertad en una lejanía alcanzable (Goody, 2010: 7, 47, 95 y 96).

Diagne, por su parte, explora el asunto desde el punto de vista de lo universal, esto es, de aquello que hace posible

la comunidad humana aun en situaciones de desigualdad y violencia como las suscitadas por el colonialismo. Diagne entiende que la piedra de toque donde se abre el yunque en que se fragua una nueva unidad de lo humano, son el sitio y el tiempo de la traducción de textos y experiencias estéticas (Diagne, 2022). Me animo a decir que la presencia sistemática de la traducción en la vida de una sociedad implica su pertenencia al universo de las civilizaciones. Los ejemplos son múltiples. Me limito a recordar las traducciones de las Escrituras del judaísmo al griego y del cristianismo al latín, producidas entre los siglos II a. C. y VII d. C.; también las versiones chinas del *corpus* enorme del budismo, escrito en pali o sánscrito, realizadas en China entre la época de los Han del este y la de la dinastía T'ang; el proyecto de traducciones al persa y al urdu de las grandes obras religiosas del Viejo Mundo (la Biblia entre ellas), elaborado por el emperador Akbar y sus sucesores en la corte de los mogoles. Por otra parte, Diagne me hizo conocer las investigaciones de la helenista francesa Barbara Cassin, autora del libro ya citado *Elogio de la traducción*. Cassin ha descubierto que el acto de traducir un texto implica el reconocimiento de varias cosas fundamentales para el trabajo humano de la comunicación, contra viento y marea: 1) la lengua que se habla es una entre otras; 2) no hay una jerarquía en la capacidad, ni en la fuerza, ni en la riqueza semántica de las lenguas; 3) la univocidad del sentido es un hecho lingüístico muy acotado, siempre hay varias traducciones posibles de un texto desde una lengua hacia otra. La traducción nos lanza, por lo tanto, a la experiencia de una multiplicidad de sentidos que nunca pierden, sin embargo, los vínculos de familia. Es un espejo del *desideratum* de una fraternidad humana que no abolirá las diferencias culturales.

Pero es el quinto punto referido a la piedad burocrática el que mejor querría introducir ahora. En primera instancia porque ha sido un argentino, el papa Francisco, quien dio



una de las definiciones más aladas de la misericordia en ocasión de la visita a la tumba de Celestino V, en L'Aquila, el 28 de agosto de 2022: "Misericordia es la experiencia de sentimientos recibidos, vueltos a ser puestos de pie, reforzados, recuperados, alentados. Ser perdonados es experimentar aquí y ahora lo que más se acerca a la resurrección". En segundo lugar, porque existen historias milenarias, de aquí y de allá, de entonces y de ahora, que anudan los hechos demostrativos de la acción de seres humanos en beneficio de la salud de sus prójimos y en procura de aliviarles el dolor. Ya en el Egipto del primer período intermedio, a comienzos del segundo milenio antes de nuestra era, se pensaba que Osiris daría un lugar en la inmensa barca del Sol a quien hubiese "apaciguado al que llora y no hubiera oprimido a la viuda", según decían las *Instrucciones para Merikara*. En el *Libro de los Muertos*, el fallecido se confesaba ante el mismo Osiris: "No he defraudado al oprimido de ninguno de sus bienes. No he vilipendiado a ningún sirviente delante de su amo. No he causado dolor. No he abandonado al hambriento. No hice que nadie llorase". Imposible resulta en estas pocas páginas enumerar aquellas realizaciones, pero recordemos tan solo los nosocomios públicos en monasterios budistas de Sri Lanka, creados por los reyes Sinhala en el siglo IV a. C.; los *valetudinaria* o lugares de cura y sanación para los soldados romanos; el hospital de la caridad que organizó Fabiola en Roma a fines del siglo IV y fue elogiado por san Jerónimo; los hospitales ejemplares del mundo árabe (el Nuri en Damasco; el de Bagdad que fundó Harun al-Rashid en 805; el incomparable de El Cairo, construido por al-Mansur Qalawar en 1283 donde eran recibidos enfermos musulmanes y cristianos coptos por igual, varones y mujeres en salas diferenciadas; el *maristán* de Granada, de 1365, que habría sido el primero para enfermos mentales de la historia); los hospicios instalados como anexo en monasterios budistas de China a partir de los siglos II y III de nuestra era, incorpo-

rados al servicio imperial a partir de la dinastía T'ang en el siglo IX; los hospitales y leprosarios de la Europa feudal, por supuesto, y se podría seguir con detalles de todas partes del mundo, pero concluyamos con la institución de los hospitales como centros de asistencia e investigación médica a partir de finales del siglo XVIII en Europa, en la segunda mitad del siglo XIX en toda América (donde Argentina figura a la vanguardia después de Estados Unidos), en el siglo XX en Asia y África, fenómeno este multiplicado desde la fundación de la Organización Mundial de la Salud.

La frecuentación de la obra de Porter implica disponer de una enciclopedia excepcional de datos, ideas, fuentes e interpretaciones sociohistóricas de la medicina universal. La colaboración con Hinnells aumentó ese archivo y agregó la perspectiva del sufrimiento humano. Illanes Z. ha producido una investigación exhaustiva sobre la numerosa infancia dejada en los umbrales del Hospital de la Santa Cruz en la Barcelona del 1400, alimentada y educada por instituciones de caridad y particulares, no siempre generosos ni altruistas. El libro escrito por Liviano Wahba, según dice la misma Liliana, debería tratarse de “una historia de amor, dedicación, recepción y gratitud”, “una historia plena y límpida”. Sin embargo, puesto que lo humano suele navegar hacia aguas turbulentas, más que nada cuando se trata de una “aventura lacerante en los confines de la vida y la muerte”, se transforma enseguida en

una historia de penas y frustraciones, de culpabilización e impotencia. La trama del cuidado es tan verdadera cuanto la del fracaso, ambas conviven en la arena de la interacción. A pesar de tantas frustraciones, felizmente, en la mayoría de las veces, el cuidado gana la partida, o así lo deseamos o a ello aspiramos, médicos y pacientes, cargados de la ambigüedad que la fragilidad existencial nos impone (Liviano Wahba, 2021: 15 y 16).

En cuanto a Guenter Risse, su libro se inicia con una cita de Richard Selzer, cirujano neoyorquino y escritor de varios textos espléndidos sobre la misión de la medicina, por ejemplo, *Mending Bodies, Saving Souls*. De él sale el siguiente apunte que resume nuestro propósito al coronar un análisis del proceso civilizatorio con la organización de la piedad humana:

Un hospital es un edificio hasta el momento en que oyes las pezuñas de teja de los sueños cuando galopan sobre el techo. Escucha bien y sabe que aquí no hay solo una mera pila de piedras ni vigas cortadas con precisión, sino un espacio interior lleno de dolor y consuelo. Este lugar invita a la humanidad al heroísmo (Risse, 1999: 3).

La selección de los cinco caracteres se funda en el descubrimiento de Norbert Elias, porque nada de todo cuanto sigue podría ser realizado sin la experiencia de la paz y el conjuro de la guerra. Antes o después, esos rasgos pertenecen a todas las formaciones históricas que abarcaron y abarcan culturas emparentadas en vastas áreas del globo en las largas duraciones. Es decir que ceñirse a detectar su presencia y describir su manifestación y derrotero no implica señalar un individuo o caso de la categoría “civilización” que pueda ser considerado superior a los demás o *desideratum* de sus equivalentes. Y, a decir verdad, más allá de cualquier adhesión o rechazo a la fórmula sarmientina de civilización y barbarie que tanto ha determinado la historia cultural argentina, al someter las realizaciones de nuestro país al baremo de los cinco principios no salimos mal parados en absoluto. Cuando Raúl Alfonsín logró el juzgamiento y la condena de los militares responsables de la tortura, muerte y desaparición de miles de ciudadanos, cuando Carlos Menem desarticuló el poder castrense al derogar el servicio militar obligatorio y Néstor Kirchner inspiró la reanudación de

los juicios contra culpables de delitos de lesa humanidad, el proceso de domesticación de los guerreros y de su sujeción al poder civil parecería haber concluido. Los jardines públicos construidos entre 1880 y 1920 en ciudades grandes y pequeñas de nuestro territorio, entre los cuales destaca la obra del arquitecto francés Carlos Thays, el jardín simbólico de Joaquín V. González en Chilecito, el herbario organizado en Tucumán y los estudios de la flora sudamericana llevados a cabo por Miguel Lillo a comienzos del siglo xx componen un panorama comparable al de las mayores realizaciones de la jardinería de Oriente y Occidente. La gastronomía argentina, fundada en las carnes asadas de la pampa y en las variantes de las cocciones de maíz molido o en grano del centro y del noroeste de la República (que, por otra parte, nos emparentan con las cocinas del altiplano y de los Andes Centrales), no deja de ser un buen contrapunto de la más alta cocina de la América española, *i.e.*, la que nació de la hibridación cultural en México a partir del siglo xviii. Nuestra poesía lírica ha sido y es un coro extraordinario de voces castellanas que cantaron el paisaje, el trabajo y el dolor del pueblo argentino, la experiencia femenina y los torbellinos envolventes de la historia. Lugones, Banchs, Storni, Bernárdez, Juanele, Dib, Castilla, Borges, Calveyra, Padeletti, Bellessi, más Wittib, Madañaga o Battilana entre los jóvenes, son unos pocos nombres de una constelación densísima de poetas. Sobre las traducciones, fueron célebres en todo el orbe hispánico las realizadas en Argentina desde la década de 1930 hasta la de 1970, cuando el franquismo agostó el trabajo de los traductores españoles. Baste recordar a Borges y sus versiones de Whitman y Kafka, a Julio Cortázar traductor de Yourcenar, Poe y De Foe, a Alejandra Pizarnik y sus versiones de Artaud, Breton o Marguerite Duras. En el terreno de la piedad organizada, el sistema hospitalario argentino se destacó entre los años de la organización constitucional del país y el tiempo de la consolidación de la ciencia médica, de Davel, Agote y los

Finochietto a Houssay, Leloir y Milstein. La época del primer peronismo y los años sesenta trajeron consigo una ampliación de los servicios sanitarios a grupos postergados, de los medios rurales a los enfermos mentales y, sobre todo, a los discapacitados merced a la ley 18384 de 1969, por la que se creó el Servicio Nacional de Rehabilitación.

Y este punto, en particular, debido a hechos recientes de la historia de nuestra salud pública, me permite encarar el tema de la “descivilización” de una sociedad compleja. Por cuanto la destartalada política nacional de combate, prevención y cura del COVID-19 en Argentina es una señal de alarma respecto de la posibilidad de un derrumbe progresivo de la muy aceptable historia de nuestra organización burocrática de la misericordia. El mal manejo de la vacunación y la puerilidad de los instrumentos de comunicación oficial en el marco nacional de la pandemia han tenido consecuencias dramáticas, no solo en el terreno de la salud pública o de la economía popular, sino en el sistema educativo y la formación intelectual y emocional de los sujetos por excelencia de las acciones pedagógicas: niños, adolescentes, jóvenes. Casi dos años de ausencia de las aulas, en la mayoría de las jurisdicciones del país, ha retrasado el aprendizaje de la matemática y las ciencias naturales, la adquisición de conocimientos de historia, ciencias sociales y biología, fundamentales para alcanzar una comprensión real de fenómenos como el cambio climático, el peligro de una sexta extinción masiva de especies vivas como consecuencia de la acción humana en la Tierra, las ventajas y los peligros de la informática, la robótica o la inteligencia artificial. La peor de esas pérdidas tal vez se advierta en la fluidez y claridad en la expresión lingüística, cuyo dominio proporcional a las capacidades psicológicas de cada período de la existencia es el fundamento de una comunicación entre individuos y comunidades, que garantice la colaboración entre personas de diferentes horizontes de experiencias y expectativas y permita elaborar un

programa mundial de uso y resguardo de los bienes comunes de la humanidad.

La descivilización, una categoría que podría derivarse del pensamiento de Norbert Elias y su *Los alemanes* (Elias, 1999), publicado en 1989 (amén de las reservas expresadas por el catalán Justo Serna en 2004) (Serna, 2004: 137-150), debería quizá comenzar en el desmoronamiento, progresivo o catastrófico, de la domesticación de los guerreros. De todas maneras, también es probable que este proceso, esta vuelta de la prevalencia de los guerreros, transcurra de modo intermitente o con un cierto grado de latencia, mientras que los primeros síntomas perceptibles de una descivilización arrasadora aparezcan en los terrenos de los otros principios socioculturales que hemos descripto. En la Argentina de la larga crisis constitucional entre 1930 y 1983, la formación de un partido militar habría dado lugar a un estallido descivilizatorio por etapas, con alternancias de cierta paz constitucional (“regreso de los militares a los cuarteles” solía llamárselas) hasta desembocar en la barbarie de la tiranía atroz de 1976-1983. Tras el Juicio a las Juntas, el país de la era de la restauración democrática parecía volcarse hacia una etapa civilizatoria con un énfasis particular en el fortalecimiento de la educación y, sobre todo, de la organización de la misericordia solidaria. Pero, en estos últimos quince años interminables, la instrucción pública y popular, al haber sido despojada de cualquier noción de progreso intelectual y cultural de las masas, no solo ha decaído brutalmente, sino que ha cegado los canales que podrían alimentar un uso enaltecedor y creativo del tiempo individual así como un conocimiento de los Otros, fundado en una curiosidad espiritual y no únicamente en necesidades comerciales. Por su parte, los mecanismos de administración de la piedad colectiva han sido vaciados de contenido al convertirse en instrumentos de adquisición y conservación del poder político. La curialización de los guerreros también ha

sido puesta en jaque por el propósito reiterado y explícito de deslizar el *agón* político hacia una reivindicación de la violencia guerrillera de los años setenta, como si aquel tiempo no hubiese sido lo más parecido al abismo de la guerra civil. El hecho lingüístico de que el ejercicio cívico de la política tienda a confundirse con la militancia no sería un dato menor de la deriva descivilizadora de los acontecimientos. Después de todo, *milites* significa “soldados”, no ciudadanos.

Me duele terminar con semejante nota de desasosiego, que no es pesimismo. Pero, claro está, mi pretensión de que este libro pueda contribuir a poner sobre el tapete el concepto de civilización y, junto a él, un debate generoso acerca del futuro de mi país en este mundo trágico (que no se acerca sino que ya nos cerca por todos lados) es una marca de soberbia excesiva. Me conformaría con el hecho de que los lectores se detengan en el rasgo del proceso civilizatorio que más inspire, por aceptación o rechazo, su filantropía y su amor por la belleza implícita en ese principio. Espero que, al haber sido alguna vez historiador del arte, me muestre capaz de transmitir tales resplandores y ligarlos al *summum bonum*, tal cual lo hubiesen querido nuestros maestros de filosofía, de Platón a Ernst Bloch. Es probable que mi estilo parezca recargado a muchos lectores, por el aluvión de citas y su extensión a menudo exagerada. Por ello, les ruego que tengan en cuenta lo que escribía Charles Moeller en su obra *Literatura del siglo xx y cristianismo*. Hago mías sus palabras: “Pero era necesario que se oyese a cada autor, con su voz verdadera, la que, tal vez, él mismo nunca oye, pero que los hermanos humanos perciben como un llamado al futuro. Era necesario que se oyese esa voz. Y no la mía” (Moeller, 1957: 19). Unas palabras finales para justificar la organización temática del libro.

En el principio, concebí este texto en dos partes. Me encontré con una masa documental tan apabullante para la primera parte que, finalmente, el libro quedó reducido a ella,

es decir a una exploración, lo más exhaustiva posible, de la historia de la palabra y el concepto de civilización, desde su protohistoria nebulosa, esto es, la larga época en que se insinuaba o se expresaba la idea de algo muy semejante a lo que sería llamado con esa voz a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, pero no terminaba de cristalizar ni estabilizarse en un término o definición de largo aliento. El área geográfica de ese análisis inicial es el Mediterráneo antiguo y la Europa occidental hasta el período de las Luces. Aunque procuro abandonar el lastre de la centralidad europea, no sería posible comenzar el tratamiento del asunto en una suerte de teatro difuso y mundial. Mi formación historiográfica ha sido de cuño atlántico y solo nociones bien aprendidas en ese horizonte me permiten, claro está, comprender lo que en su interior ha ocurrido. Además, a continuación, ellas hicieron posible vislumbrar, primero, e internarme junto al lector, luego, en las realidades culturales construidas a partir de lenguas y lenguajes ajenos, en las axiologías que comienzan por causarnos extrañeza para atraernos enseguida, debido a un proceso de comprensión creciente y de incorporación de valores, de la ética a la estética, cuya existencia, orden o clasificación nos resultaban opacos antes de intentar el operativo de despojarnos de lo propio y acoger lo inesperado, lo incomprensible en las instancias iniciales. Hay que realizar el esfuerzo de conseguir una familiarización de conceptos y emociones de otros pueblos y culturas, fundada en la humanidad común de los actores en tiempos distintos y lugares distantes. Una vez hallada la formulación de las notas esenciales de un proceso civilizatorio en el debate de ideas y prácticas de la Ilustración y la Europa expansiva del siglo XIX, el dúo autor-lector ha de empeñarse en tres cuestiones: 1) Descubrir en el pasado lejano de otros sistemas socioculturales complejos, que podamos denominar *a priori* con nuestra palabra moderna “civilización”, la existencia o no de vocablos y locuciones con las que los seres humanos perte-



necientes a aquellos sistemas designaban un gran objeto ideal al cual atribuían los rasgos que hemos delineado cuando distinguimos el proceso civilizatorio del que nosotros nos consideramos originariamente partícipes. De seguro veremos que tales voces casi siempre existieron y también hubo, en todos los sistemas complejos que incluimos en nuestra categoría, etapas de vocabularios nebulosos y fenómenos de búsqueda de una precisión conceptual. Casi siempre la confrontación con la demasía y la prepotencia europeas fueron el acicate para definir los conceptos de civilización propios de cada gran conglomerado o *clusters* de culturas familiares. 2) Dar cuenta de las relaciones de convergencia, conflicto, hegemonía y lucha que ocurrieron desde el momento en el que la civilización europea confrontó a las otras encontradas en el camino de su expansión imperialista y global. 3) Examinar el conjunto de operaciones críticas que produjeron aquellos vínculos, sobre todo en los casos de combate abierto, e investigar si acaso fuera todavía posible pensar y proponer una dialéctica creativa, múltiple y simultánea entre las civilizaciones del mundo, redefinidas sobre la base del derrumbe de toda supremacía europea. Este tercer punto ha de desplegarse mediante el estudio del devenir de nuestra palabra en la historia intelectual del siglo xx y su articulación con las ideas y prácticas de una Europa provincializada, según los términos que utilizó Dipesh Chakrabarty cuando trazó el cuadro general de las civilizaciones en el siglo XXI, sus *desiderata* y sus realidades (Chakrabarty, 2000: 3-23).

Pensé una segunda parte destinada a contener el desenvolvimiento histórico de las que llamamos cinco “notas esenciales” en nuestra nueva propuesta de definición del concepto eidético y pragmático que denomina este libro. Ya las hemos presentado, pero resta decir que la exposición de esos desarrollos no pretendía ser sistemática ni exhaustiva. Era imposible pretender semejante exceso. Tal vez nuestros

colegas alemanes, eruditos del siglo XIX y comienzos del XX, no solo podrían haberse hecho cargo, individualmente, de una empresa de tal alcance (pienso en Burckhardt, Ranke, Bernheim, Goetz) sino que, en buena medida, lo llevaron a cabo durante largos años. Quizás Alfred Weber, hermano de Max, haya sido el último en intentarlo con un resultado más bien atractivo que exitoso. Volviendo a nuestro empeño, cada uno de aquellos rasgos fundamentales habría tenido una síntesis escueta y lo más universal que resultara factible, pero habría habido dos o tres casos por ítem analizados en detalle y tomados de distintas civilizaciones, preferentemente no europeas. El punto de la “domesticación de los guerreros” habría carecido de sentido si no hubiera partido de la secular experiencia europea, del siglo XII al XIX, pues fue ella la que otorgó carnadura y solidez al modelo socio-histórico de Norbert Elias en su obra inspiradora de todo cuanto aquí escribo, *i.e.*, *El proceso de la civilización*. Sin embargo, se habrían agregado otros tres ejemplos: 1) el fenómeno de la civilización y descivilización de los héroes del *Mahabharata*; 2) la historia del emperador Wen, fundador de la dinastía Zhou en el siglo XI a. C. y el devenir de la palabra *wen* durante el período de los Reinos Combatientes en la China preimperial; 3) la subordinación de los guerreros a la institución monárquica en el imperio de Malí durante el reinado de Musa Keita en la primera mitad del siglo XIV. El segundo punto, consagrado al cultivo de las flores y la elaboración de manjares, hubiese tenido por estudios de caso, el de los jardines y alimentos en las civilizaciones americanas de los mexicas y los incas; el de los parques y cultivos en la China de los Han más los jardines para la meditación en el Japón de los Tokugawa; el de los parques en la India mughal.

El tercer punto, referido a la poesía lírica, habría partido de su invención por parte de Safo en la Grecia arcaica, continuado con una inmersión en el género tal como lo cultivaron en China los poetas y pintores desde la dinastía Jui

hasta Sung, se habría detenido en el lirismo de la novela japonesa femenina de la época Heian y registrado el tema de las elegías en la poesía americana, no española, del siglo XVI. Aunque inabarcable, el florecimiento de la lírica europea o de ceppo europeo en los siglos XIX y XX hubiera sido al menos rozado por este lego. El cuarto punto, concerniente al fenómeno sociolingüístico de las traducciones, se habría limitado a presentar la centralidad del tema en el campo más amplio y general de la historia de las religiones: un primer asunto habría correspondido a las traducciones del canon bíblico, tanto judío cuanto cristiano, entre los siglos III a. C. y VI d. C.; la segunda cuestión habría expuesto los caminos y las redes de transmisión y traducción de los cánones budistas desde la India hasta China y Japón. El quinto punto se habría vinculado con la forma más compleja y objetiva en la que suele manifestarse el ejercicio de la piedad, del auxilio al sufriente, de la misericordia destinada a reparar la pérdida, el dolor y la enfermedad de los seres humanos. Los ejemplos a tener en cuenta habrían sido la organización del santuario de Esculapio en Epidauro, el sistema hospitalario establecido en Sri Lanka en el siglo III a. C., los leprosarios en la Europa de finales del Medioevo y los *maristanes* en las ciudades árabes del siglo XIII.

Sin prestar atención a los puntos primero y quinto, es probable que, desde hace varios siglos, en el presente y, cada vez con mayor grado de eficacia y complejidad, en el futuro, ninguna sociedad humana hubiese resultado o resultare viable hoy y mañana. Los puntos segundo, tercero y cuarto fueron y permanecieron como factores superfluos para el mantenimiento escueto y descarnado de nuestras vidas hasta hace poco tiempo, aun cuando se hayan mostrado necesarios en diferentes momentos en el curso de las civilizaciones. ¿Por qué no pensar que, cuando por fin los cinco rasgos se hayan instalado en el proyecto humano con una fuerza equivalente a las creaciones que han garantizado

nuestra supervivencia (alimentación, abrigo y reproducción de la especie), es decir, cuando esos cinco conjuntos de prácticas sociales hayan pasado a formar parte del reino de la necesidad, solo entonces la humanidad podrá decir que, para toda ella, se ha iniciado, paradójicamente, el reino verdadero de la libertad?

En verdad, el reino de la libertad comienza solamente a partir del momento en el que cesa el trabajo dictado por la necesidad y los fines exteriores; se sitúa entonces, por su propia naturaleza, más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha. Del mismo modo que el hombre primitivo, el hombre civilizado se ve forzado a medirse con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, conservar y reproducir su vida; esta exigencia existe para el hombre en todas las formas de la sociedad y bajo todos los tipos de producción. Con su desarrollo, este imperio de la necesidad natural se ensancha porque las necesidades se multiplican; pero, al mismo tiempo, se desarrolla el proceso productivo para satisfacerlas. En este dominio, la libertad no puede sino consistir en lo siguiente: los productores asociados —el ser humano socializado— organizan de manera racional sus intercambios orgánicos con la naturaleza y los someten a su control común en lugar de ser dominados por el poder ciego de tales intercambios; y los llevan a cabo con el menor gasto posible de energía, en las condiciones más dignas, más conformes a su naturaleza humana. Pero el imperio de la necesidad subsiste siempre. Más allá, comienza la expansión del poder humano que es su propia finalidad, el verdadero reino de la libertad que, sin embargo, no puede florecer sino fundándose sobre aquel reino de la necesidad. La reducción de la jornada de trabajo es la condición fundamental de tal liberación (Marx, 2009: 2049 y 2050).

*Civilización. Historia de un concepto*, de José Emilio Burucúa,  
se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2024  
en Buenos Aires Print, Pte. Sarmiento 459,  
Lanús, Buenos Aires, Argentina.  
La tirada fue de 2.000 ejemplares.



En una era de derrumbes y calamidades, frente a la deriva descivilizadora de los acontecimientos actuales, este libro propone una exploración exhaustiva del concepto de civilización, desde su protohistoria nebulosa en la que se expresaba la idea de algo muy semejante a lo que se llamaría con esa palabra a partir de mediados del siglo XVIII hasta la modernidad globalizada de nuestros días.

Si bien los fenómenos catastróficos del colonialismo y el imperialismo buscaron su legitimación en la presunta y falaz superioridad de la civilización occidental y cristiana, José Emilio Burucúa establece un hiato profundo entre el origen europeo e iluminista del concepto y su voluntad de convertirlo, modificarlo, transformarlo en una noción capaz de dar cuenta de las creaciones culturales de otros horizontes geográficos e históricos. La curialización de los guerreros, el cultivo de las flores y la creación de una gastronomía compleja, la existencia de una poesía lírica, la práctica extendida de las traducciones y la presencia de un sistema de administración de misericordia son las notas esenciales de la civilización que conducen su relato a través de regiones y pensadores, obras literarias y artísticas, debates teóricos y transformaciones sociales y políticas, acontecimientos históricos y referencias incesantes al mundo contemporáneo.

En este libro ambicioso y deslumbrante, con gran erudición y un rigor intelectual notable, Burucúa recobra y le da nuevo aliento a un concepto decisivo para iluminar el pasado y el presente de la humanidad: "El pensamiento social y antropológico no puede prescindir de la noción ni dejar de colocarla en el centro de la escena para discutir el rumbo de las culturas de toda la Tierra".

ISBN 978-987-719-497-5



9 789877 194975



FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA  
1934-2024